



UNIR LA MEDITACION CON LA ORACION  
VOCAL  
TRES MANERAS DE ORAR DE SAN IGNACIO

**MADRE MARIA EUGENIA (Julio, 16-1876)**

Mis queridas Hijas:

La oración es el gran manantial que da origen al fervor de la vida religiosa. Dice San Agustín, expresamente en la Regla, “que vuestras oraciones deben ser, tanto más santas, cuanto son más frecuentes”. Por esto quisiera hoy insistir con vosotras sobre una recomendación de San Ignacio, que es conveniente recordar en uno o en otro momento y sea cual fuere nuestra oración.

San Ignacio indica tres maneras de orar. Consiste la primera en recordar de tiempo en tiempo los Mandamientos de Dios, para examinar cómo se practican; también los siete pecados capitales, para saber lo que de ellos retenemos todavía y además el uso que hacemos de los sentidos: de la vista, del oído, del gusto, del tacto y del olfato. Esto, más bien que una oración, es una reflexión y una preparación. El mismo Santo, inmediatamente después, nos dice que hay una segunda manera de orar que consiste en recitar lentamente y con atención nuestras oraciones acostumbradas, penetrándonos de antemano del pensamiento de Aquel a quien nos dirigimos. En tercer lugar se detiene San Ignacio en una de esas oraciones y recomienda pronunciar cada palabra de tal manera, que en un cierto tiempo lleguemos a pronunciarlas recreándonos en ellas y dedicándoles toda nuestra atención.

Esto, Hijas mías, es importante para nosotras que recitamos a menudo las mismas oraciones: el “Pater”, el “Ave”, el “Confiteor”, los Salmos, etc. Sería una gran pena, si llegásemos, según la expresión de un Dominicó, a ser molinos de oraciones. Dicen que hay un país, el Thibet, donde se han inventado pequeñas máquinas que giran a favor del viento y sobre ellas están escritas las oraciones. Imaginan esas honradas gentes que, a medida que el viento da vueltas al molino, se manifiestan sus oraciones en la presencia de Dios y esto les basta y les satisface.

No debemos actuar como molinos de viento, mis queridas Hijas, diciendo las oraciones maquinalmente, sin saber lo que decimos. En la medida de la atención que pongamos en el Oficio, que profundicemos en el sentido de las palabras que recitamos se imprimirá más en nosotras este espíritu de oración, que Dios otorgó a David de una manera tan prodigiosa. Para conseguirlo, practicad el tercer modo de orar que indica San Ignacio: vuestra oración de la

mañana, vuestra oración de la tarde, estarían muy bien empleadas recitando lentamente el “Pater”, por ejemplo, deteniéndose en cada palabra, para deleitaros en ella y comprenderla. Si así lo hacéis, vuestras oraciones vocales llegarían a ser mucho más santas.

Todas sabéis, como yo, mis queridas Hijas, que cuando Santa Teresa quiso hacer una exposición de la perfección religiosa escogió con toda sencillez las siete peticiones del “Pater”, aplicándolas a la vida interior y a la perfección del alma. Su hermoso libro “Camino de perfección” no es otra cosa. Dirigiéndose a sus Hijas, les dice: “Es difícil, según se cree, el hacer oración a mujeres como vosotras, pero si no tenéis una gran pureza de conciencia, si no estáis penetradas de la grandeza de Aquel a quien habláis, ni siquiera podréis rezar un “Pater” o un “Ave” convenientemente. Para decir bien el “Pater” hay que estar habituadas a orar, saber a quién se habla, dirigirse a Dios con respeto, con fe, con amor y estar compenetradas con aquello que el Señor quiso que pronunciaran nuestros labios, cuando El nos enseñó a orar. Todas las oraciones autorizadas por la Iglesia irradian un sentido y una luz admirables.

Aunque fueseis elevadas a una oración de altura, muy sublime, os recomendaré, sin embargo, practicar alguna vez la tercera manera de orar que indica San Ignacio para santificar vuestras oraciones vocales. ¿Queréis saber la gran estima que merece la oración vocal? Recordad que durante quince siglos era la única oración que se practicaba en esos grandes monasterios donde se formaron ¡tantos santos! Se cuentan hasta ¡once mil!, me parece, en la Orden de San Benito. Esos santos se formaron con la oración vocal, unida a la oración interior, como la entendía Santa Teresa.

Lo mismo acontecía en el desierto; los anacoretas apenas hacían más que recitar los Salmos que alternaban con momentos de silencio. Recordad esta palabra de San Antonio: “La oración de un religiosa no es perfecta mientras no se da cuenta que está orando”, y fácilmente comprenderéis a qué grado de contemplación llegaban esos santos que pasaban ¡noches enteras! recitando tres, seis, doce Salmos, con algunas lecciones de la Sagrada Escritura que leían; después meditaban y volvían a empezar otra vez. Así pasaban la noche en oración vocal, sostenida por esta oración sublime, por esta contemplación maravillosa.

En la Regla de San Benito no se encuentra ningún tiempo fijado para la oración. Sin duda este gran santo conceptuaba toda la vida religiosa como una oración, y el extenso tiempo dedicado al canto y al rezo del Oficio es una perfecta oración donde se medita en el corazón lo que los labios pronuncian.

No sé si esta expresión se encuentra en la Regla de San Benito, que conozco menos que la nuestra; pero siempre me agrada mucho apoyarme en las palabras de esta Regla de San Agustín que comentaba el Padre Lacordaire diciendo: “Es un prodigio de caridad”. Fijaos cómo empieza: “Ante todo, Hermanas mías muy queridas, que Dios sea amado y después el prójimo.” Se cuenta de una santa que no podía leer estas palabras sin quedarse en éxtasis. Verdaderamente, es uno de los comienzos más hermosos que existen de una Regla. Meditad muy de corazón y con frecuencia cada una de las palabras de esta Regla nuestra y veréis cómo en todo siempre salvaguarda San Agustín la caridad; la caridad en la pobreza, la caridad ayudando al prójimo, la caridad en la advertencia de las faltas. En cada página vibra la caridad de un extremo al otro. Es verdaderamente el amor triunfante de Dios y después el amor al prójimo.

Extended, mis queridas Hijas, esta manera de rezar a todas las oraciones vocales que habitualmente decís: el “Pater”, el “Ave”, el “Credo”. Esta última oración es muy venerada en

la Orden de los Trinitarios de San Agustín. Recitando su rosario, que se combinaba con trece “Pater” y trece “Ave”, querían que fuesen aplicados a los artículos del “Credo” cada uno de estos “Pater”, o también se proponían honrar la persona divina de Nuestro Señor Jesucristo y cada uno de los doce Apóstoles que son la columna y el fundamento de la Iglesia. No podréis imaginar una devoción más elevada, más católica ni más apostólica. Nos conviene, por consiguiente, y podemos enseñarla a las personas que recitan este rosario.

Para las que dicen el Oficio divino tienen también el “Deus in adjutorium”, el “Gloria Patri”, los Salmos, los Himnos; todas estas hermosas oraciones que la Iglesia pone en nuestros labios en el Breviario y que sería largo enumerar.

Si las que rezamos el Oficio tenemos interés en meditar lo que decimos captando el sentido, mientras que el otro coro dice un versículo, terminaremos por comprender bien los Salmos y penetrarnos de su espíritu.

Diré todavía -¡dije ya tantas cosas!- que una de las páginas más conmovedoras del Oficio son las lecciones de la Sagrada Escritura que leemos estos últimos días.

Ciertísimo es que David fue un gran pecador. Había cometido crímenes enormes. Homicida: había hecho morir a un inocente, a un hombre honrado, un valiente guerrero que tuvo la heroicidad de decir: “En los momentos en que todo Israel sostiene los combates del Señor y que el Arca santa está bajo la tienda de campaña, yo no entraré en mi casa para comer, beber, ni para reposar: permaneceré en el umbral de la puerta de la puerta de mi Rey”. Y así lo hizo. Comprenderéis cuán violenta fue la pasión para arrastrar a David. Y, sin embargo, a pesar de todo, jamás en su penitencia le faltó la confianza en Dios: siempre sobre el dolor supera el amor. Nunca tuvo David un pensamiento de desesperación, de desconfianza; siempre con humildad buscó la misericordia y la bondad de Dios: sin pensar que el apoyo que esperaba encontrar en El pudiera perturbarle por el recuerdo de su pecado.

Es que David tenía de Dios una idea clara proporcionada a lo que Dios es, no a lo que nosotros somos. Por ese espíritu de confianza, de adoración, de alabanza y de amor, que dominaba la penitencia y el dolor, que pasaba por encima de todos los sentimientos de un corazón destrozado, contrito y humillado, mereció ser, a través de los siglos, la voz de la oración. Todos los santos, los contemplativos y los místicos, lo mismo que los solitarios tan penitentes y con frecuencia sin haber pecado, han seguido la voz de David para alabar y bendecir al Señor, y han encontrado en su palabra algo que responde a todas las necesidades de su alma... Y esto, ¿por qué? Porque David jamás rebajó la grandeza de la misericordia de Dios, jamás puso reservas en su confianza en la bondad de Dios y siempre el amor sostuvo su esperanza.

Un espíritu mezquino hubiera dicho así: “He pecado, Dios es justo y me abandonará.” Jamás encontraréis palabras semejantes en los Salmos de David. ¿Qué dice David, por el contrario? “Derramaré mi alma ante el Señor y El me salvará...” “Lloraré delante de mi Dios y El me escuchará, e incluso si descendiera a las sombras de la muerte todavía esperaría en el Señor”.

Todas estas palabras, que salen de labios del santo rey penitente, son palabras de una confianza absoluta, y, sin embargo, Hijas mías, os lo repito, David era un gran pecador.

Yo quisiera que comprendierais bien la diferencia absoluta que hay entre el espíritu de David y el espíritu de Judas, que es espíritu de desesperación, de desconfianza de duda, de tristeza. David, en la antigua Ley, y a pesar de no conocer a Nuestro Señor Jesucristo ni su inmensa mansedumbre, sin embargo conserva, después de su pecado, un espíritu constante de confianza, de fe, de amor, de abandono, de sumisión, de alabanza que espera todo de Dios y él se entrega todo a Dios. Por esto, Hijas mías, os pido que os penetréis del espíritu de los Salmos que conviene admirablemente a los santos y a las almas interiores.